

## PRESENTACION DEL LIBRO "ESCRITORES Y ARTISTAS DOMINICANOS"

Por Freddy Gatón Arce

*(Palabras pronunciadas por Freddy Gatón Arce en la presentación del libro Escritores y Artistas Dominicanos, de Héctor Incháustegui Cabral, en la Universidad Católica Madre y Maestra, el doce de febrero de 1980).*

Con la venia del Señor Rector:  
Señoras y señores:

Unas palabras mías en este acto de singular significación y de inusitado timbre en la historia de nuestra cultura y de nuestra vida académica tienen únicamente el valor de la gratitud hacia la Universidad Católica Madre y Maestra y hacia el fallecido poeta Héctor Incháustegui Cabral; y sin alarde, considero que la gratitud es una de las nobles manifestaciones de cariño y entendimiento que utilizamos los dominicanos. Por esto acepté gustoso cuando se me invitó para que hablara aquí.

El libro que hoy se pone en circulación recoge numerosos criterios sobre escritores y artistas dominicanos, así como acerca de extranjeros que han pasado por estas tierras. Esas recensiones, sin embargo, dan margen para apreciar mejor el pensamiento y la sensibilidad del poeta que hoy recordamos y homenajeamos con júbilo solemne.

Resulta decidir que aspectos de su personalidad destaquen de este modo, al hablar él de otros y de obras ajenas, sin aparentemente desearlo; son, a mi ver, confesiones de un autor sobre su propio trabajo, sin que se propusiera hacerlas antes de que ellas de pronto saltaran, indiscretas y sinceras a la vez, a la tersura del papel, llenándolo de vida, de autobiografía.

Peró lo notable que observo en esta recolección de artículos y discursos es que, estando destinados a exaltar tareas artísticas y literarias extrañas, de paso iluminan secretos senderos de la creación de Héctor y conducen a una más plena comprensión de la poesía inchausteguiana, así como a menudo trazan una especie de ideario que pauta la conducta del lírico en su escenario. Y adelanto en el

tema de la misión y el compromiso del escritor con el medio en que se desenvuelve y, aún más allá, con los hombres todos.

Por límites de una presentación, sería abusivo de mi parte extenderme y profundizar en las diferentes facetas que, según interpreto, respaldan estas aseveraciones. Y exceso mayor que me lanzara a cotejar este volumen póstumo con libros suyos anteriores, como en un intento, difícil de lograr por otro lado, de ofrecer un estudio exhaustivo de la existencia y el quehacer intensos de Héctor Incháustegui Cabral.

Y además, tal intento quizás conspiraría contra la curiosidad que indudablemente despierta esta compilación de trabajos, distrayendo quizás el disfrute del encanto que provocan en los lectores los hallazgos hermosos que por sí mismos ellos alcanzan; tal acción tal vez haría tanto daño como cuando a los niños se les entregan los juguetes ya desbaratados y se les priva de que sean ellos quienes averigüen lo que tienen adentro y tropiecen, sorprendidos y contentos, con los tesoros de la inteligencia y el anhelo de regocijar a los demás de quienes los fabricaron. Y por favor, perdonen que indirectamente los califique de niños.

Pero es que cuando se habla de un poeta hay que remitirse a la niñez, a ese estado de pureza prístina con que se inicia la invención del espíritu, nueva con el nacimiento de cada hombre y de cada mujer, pero que sólo los creadores de belleza están llamados a construir para nuestro deleite y para nuestras aproximaciones a una humanidad en incesante búsqueda de excelencia en todos los órdenes.

Héctor Incháustegui Cabral hizo esa tarea del alma para nuestro goce y perfección. La realizó a sabiendas de su destino y confiado en que había elegido un recurso, un instrumento que al mismo tiempo es común y enaltecedor de la estirpe de sus conciudadanos: el lenguaje, la poesía. De esta manera satisfizo su misión y su compromiso de escritor de raza, y por consiguiente dominicanizante, humanizante.

Ahora, ¿en qué proporción lo hizo? Héctor lo revela cuando habla de otros en las páginas de Escritores y Artistas Dominicanos, y lo hace a retazos, en ocasiones distintas. Concentro este límpido empeño suyo en un solo punto, y para ello copio estas frases:

“... dar siempre representa una victoria sobre nosotros mismos”.

“... en materia de bienes del espíritu mientras más se da mucho más se tiene”.

“Todo lo que hagamos, lo que cada quien edifique a la medida de sus posibilidades, contendrá nuestro mensaje, llevará la marca imborrable de nuestra sangre, el grado de nuestra fiebre y el nivel de nuestra hambre de belleza”.

De estas citas se extrae que de forma consciente Incháustegui Cabral dirigía sus afanes hacia la generosidad. Pero no a una mera dádiva, porque condicionaba el desprendimiento a su propio sacrificio, al enriquecimiento de su acervo espiritual y a que sus actividades tuvieran el sello de su individualidad y la apertura hacia nuevas metas de belleza, como resultado final y colectivo. Habrá quienes cuestionen si esta actitud envuelve una dosis de egoísmo, o si, por el contrario, esas previsiones son las que defienden y garantizan la eficacia y amplitud de su abnegación y de su largueza.

Me inclino por sostener, sin vacilaciones, que para Héctor la generosidad fue una fuerza a proteger y expandir beneficiosamente, equitativamente, en el seno de la sociedad dominicana. Y una prueba definitiva de ello es que en el instante de distribuir su patrimonio, en público testamento decidió:

“Yo quiero que mis libros, los que he ido acumulando en 50 años de lecturas, a veces furiosas, pasen a ser parte de la Biblioteca de la Universidad (Católica Madre y Maestra), para que no se dispersen y para que sean útiles poniéndolos a mano de los que vienen aquí: para los estudiantes, y para los que viven aquí: los profesores”.

Y así, de golpe y porrazo reafirmaba que su vida y su muerte están signadas, para decirlo con palabras de él, como una “contribución del hombre para hacer más grande la tarea de Dios sobre la tierra”. Su sacrificio, su generosidad y su hambre de belleza se cumplen, pues, día tras día en el servicio que prestan los miles de volúmenes que ya enriquecen esta Biblioteca, y se cumplen junto al mensaje de cuanto escribió con la marca imborrable de su sangre y con la temperatura suya sin par en las letras nacionales contemporáneas.

Salud y honor para Doña Candita, sus hijos y los familiares todos de Héctor Incháustegui Cabral. Gratitud perenne para este poeta del amor y la justicia entre los hombres. Reconocimiento a la Madre y Maestra por merecer legados inmarcesibles.

Muchas gracias.